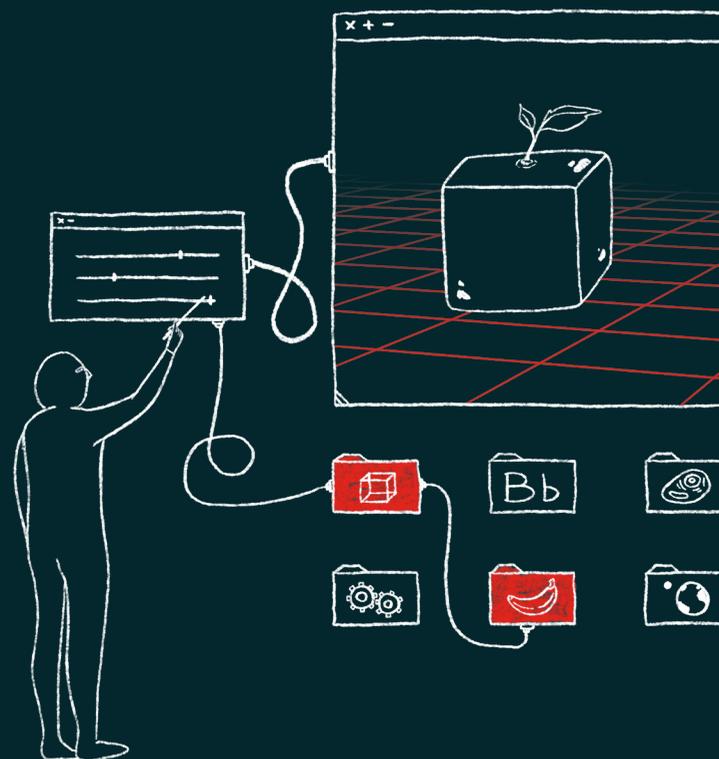


Humanizar la educación

El más grande desafío que nos
deja la pandemia



Matías Reeves

Puede parecer una obviedad decir que es necesario humanizar la educación, pero muchas veces lo obvio se invisibiliza y es ineludible romper barreras que, por conocidas, se camuflan en la realidad. ¿No es acaso la educación un proceso formativo diseñado por humanos para seres humanos? Extraño es decir entonces que hay que humanizarla cuando es esencialmente una de las actividades que nos hacen humanos: preocuparnos y cuidarnos entre nosotros para un mejor porvenir. Solidaridad intergeneracional pura y dura, dirán algunos. Control social, dirán otros. O tal vez sea una responsabilidad, como dijo recientemente el dalái lama en Twitter: «Todos tenemos la responsabilidad de educar a nuestros hermanos y hermanas humanos. Los valores internos son la principal fuente de felicidad, no el dinero y las armas, ya sea que se trate de individuos o de toda la humanidad»¹.

Al hacer un llamado a la humanización de la educación, muchos nos referimos a darles mayor relevancia a la promoción y la formación en comportamientos sociales y valores de los que, algunos consideramos, en nuestras sociedades escasean y debemos fortalecer, como la fraternidad, la compasión, la escucha genuina o el respeto, por nombrar algunos solamente. Asimismo, debemos visibilizar todas aquellas condiciones a las que nos enfrentamos diariamente, como el reconocimiento de nuestras emociones, la soledad, la resiliencia, la empatía, la frustración, la toma de decisiones en un mundo de incertezas y aspiraciones. Finalmente, debemos desarrollar la capacidad de conocernos a nosotros mismos para, desde allí, conocer nuestro entorno y nuestro rol en él. No pretendo establecer una lista *a priori*, sino poner de manifiesto la urgencia de dar un golpe de timón de fondo al rumbo que llevan hace déca-

¹ «We all have a responsibility to educate our human brothers and sisters. Inner values are the ultimate source of happiness, not money and weapons, whether you're talking about individuals or the whole of humanity». Dalai Lama. [@DalaiLama]. (6 de septiembre de 2021). <https://twitter.com/DalaiLama/status/1434811848436580354>.

das los sistemas educativos en el mundo. Si no repensamos la escuela como la estructura social que permite acercarnos sistemáticamente a estos rasgos que distinguen a la especie humana, poco pueden hacer las familias frente a los códigos de conducta presentes en la cultura moderna que apelan al éxito, al consumo y, por qué no decirlo, a una vida de autómatas, de adictos a la dopamina con la satisfacción inmediata del mundo de los *likes* y del reconocimiento en redes sociales, y que buscan sentido a su existencia desde las compras a un clic. Sin poner el énfasis en las características mencionadas al comienzo, poco se podrá hacer frente a la crisis climática que exige un cambio de comportamiento de nuestra especie, o a los cambios en los sistemas productivos y del conocimiento que trae la Cuarta Revolución Industrial, con una tecnología que estamos lejos de comprender y manejar a cabalidad todavía.

Sumado a las crisis sanitaria y económica, podemos decir que la situación actual ha desnudado también la crisis del humanismo que hace rato nos interpela. Es necesario «redefinir lo humano», como lo plantea en su libro del mismo nombre Adriana Valdés², en momentos en que nuestra especie debe repensar su naturaleza frente al avance de la ingeniería genética y el posible surgimiento de neo especies humanas. Es inevitable replantear el rol que debemos jugar como responsables de la crisis climática, volviendo a una cosmovisión integradora y respetuosa con nuestro planeta, dejando de lado la supremacía especista, aprendiendo a mantener una interacción diaria con máquinas inteligentes procesadoras de datos. Debemos tomar las acciones que nos permitan convertir esta crisis en una oportunidad. Las cosas no pasan por arte de magia.

En sencillo, es lo que la Premio Nobel de Literatura chilena, la maestra Gabriela Mistral, dijo tan elegantemente: «La humanidad es todavía algo que hay que humanizar».

² Ensayista chilena. Primera mujer elegida como directora de la Academia Chilena de la Lengua y del Instituto de Chile.

La educación va más allá de la escuela

Se dice muchas veces con extrema liviandad que los problemas sociales, culturales o económicos tienen como base la *mala educación*, y, en consecuencia, se culpa a las escuelas de manera inmediata. A modo de ejemplo, mas no por eso la regla, no han faltado las voces que imputan al trabajo de las escuelas por la violencia en las movilizaciones sociales conocidas en América Latina durante los últimos años, por la falta de respeto de jóvenes hacia adultos mayores, por la colusión de las empresas o por las tasas de cesantía. Así, abundan las miradas inquisidoras sobre maestros, profesores, directivos y el sistema escolar como un todo, lo que, en mi opinión, causa una presión indebida a las comunidades escolares, a las que se les exigen cosas que van mucho más allá de los muros de las escuelas. Si bien son las instituciones educativas las organizaciones sociales que la sociedad ha creado para impulsar la educación, la educación va mucho más allá de la escuela.

Invito a la lectora o al lector a pensar en lo que significa la educación. Es más, le propongo hacer el ejercicio de definirla. Hablo en serio. Busque un lápiz y haga el ejercicio de soltar la mano y responder en la siguiente página de este mismo libro, *¿Qué es la educación?* O si esta tecnología ya quedó en el olvido, puede hacerlo también en algún dispositivo y teclear.

Vamos, suelte este texto y haga el intento. Puede retomar el texto cuando quiera. Estará acá mismo donde lo dejó.

¿Qué es la educación?

La Unesco considera que «la educación es un derecho humano para todos, a lo largo de toda la vida, y que el acceso a la instrucción debe ir acompañado de la calidad»³. En Chile, la Ley General de Educación establece que «la educación es el proceso de aprendizaje permanente que abarca las distintas etapas de la vida de las personas y que tiene como finalidad alcanzar su desarrollo espiritual, ético, moral, afectivo, intelectual, artístico y físico, mediante la transmisión y el cultivo de valores, conocimientos y destrezas. Se enmarca en el respeto y valoración de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, de la diversidad multicultural y de la paz, y de nuestra identidad nacional, capacitando a las personas para conducir su vida en forma plena, para convivir y participar en forma responsable, tolerante, solidaria, democrática y activa en la comunidad, y para trabajar y contribuir al desarrollo del país». El artículo 64 de la Constitución colombiana establece que «la educación es un derecho de la persona y un servicio público que tiene una función social; con ella se busca el acceso al conocimiento, a la ciencia, a la técnica, y a los demás bienes y valores de la cultura. La educación formará al colombiano en el respeto a los derechos humanos, a la paz y a la democracia; y en la práctica del trabajo y la recreación, para el mejoramiento cultural, científico, tecnológico y para la protección del ambiente», y en su Ley General de Educación la define como «un proceso de formación permanente, personal, cultural y social que se fundamenta en una concepción integral de la persona humana, de su dignidad, de sus derechos y de sus deberes». En Educación 2020 creemos que una educación de calidad, equitativa e inclusiva, debe permitir el desarrollo integral de las personas y la construcción de una sociedad justa, humana y colaborativa.

De las lecturas sobre la concepción de la educación de Aristóteles se puede entender que su fin es la búsqueda de la felicidad al estudiar los tres factores incluidos en el proceso educativo:

³ <https://es.unesco.org/themes/education>.

naturaleza, hábitos y razón; al dividir su método entre educación moral y educación intelectual, ambas son igualmente importantes para la búsqueda de la virtud y con claro propósito político. John Dewey pensó en un ideal educativo que tiene como objetivo buscar un nuevo orden en la construcción social, formada con base en el ejercicio democrático, que busca eliminar la distancia ficticia entre mente y cuerpo, toda vez que la misma naturaleza evolutiva de los seres humanos habría hecho del pensamiento algo para la supervivencia y el bienestar humano. Para Paulo Freire «la educación verdadera es praxis, reflexión y acción del hombre sobre el mundo para transformarlo»⁴, la educación asume un rol de liberación, ya que la persona es un ser pensante y crítico. Sobre María Montessori se señala que «su objetivo fue impulsar una educación integral para formar una nueva humanidad, más colaborativa, pacífica y orientada a metas comunes»⁵. Malala Youstafi declaró al recibir el Premio Nobel de la Paz: «Tan solo soy una persona comprometida y tenaz que quiere que todos los niños y las niñas reciban una educación de calidad, que quiere que las mujeres tengan los mismos derechos que los hombres y que quiere que haya paz en cada rincón del mundo»⁶.

¿Alguna de estas interpretaciones se acerca a su definición de educación? Tanto personas que dedicaron su vida al pensamiento y la reflexión sobre la educación, como organismos internacionales y sociedades completas han ofrecido un planteamiento al mundo. Llegar a una definición exacta de educación puede ser uno de los ejercicios intelectuales más complejos por realizar y, justamente por eso, no llegar a un texto o consenso universal no significa que no tengamos una correcta intuición sobre su naturaleza formadora del ser humano en todos los aspectos de su

⁴ *La educación como práctica de la libertad*, Paulo Freire (1987).

⁵ <https://www.educarchile.cl/maria-montessori>.

⁶ Discurso de Malala al recibir el premio Nobel de la Paz (2014). https://www.nobelprize.org/uploads/2018/06/yousafzai-lecture_en.pdf.

vida, tanto para vivir y conocerse a sí mismo, como para vivir en armonía y paz con su entorno natural y social desde el momento de nacer y hasta su muerte.

En estas palabras y definiciones iniciales se ha hablado de educación, mas no de escuelas. En ninguna de las declaraciones se les entrega la responsabilidad exclusiva a las escuelas de cumplir tan complejas definiciones. ¿Por qué entonces se suele pensar que son las escuelas las que deben lograr todos los fines de la educación? Y si así fuese, ¿están diseñadas y preparadas para ello?, ¿tienen las condiciones para lograrlo?, ¿deberían ser las únicas responsables, siquiera?, ¿qué pasa con el resto de la sociedad, con las familias, las religiones, la publicidad, los medios de comunicación, los ejemplos en las calles, los referentes culturales?

Por eso, por su belleza y complejidad, entender la educación como un derecho es la única dirección posible, mientras que entenderla solamente desde una perspectiva de derecho social asociado al sistema educacional formal (parvulario, escolar y superior) es completamente reduccionista, y no solo eso, sino que es injusto con las expectativas que se generan en torno a las escuelas. Al pensarla como un derecho humano que es habilitante para el ejercicio de todos los demás derechos, e incluso como la base para los códigos de conducta social y democráticos, se sofistican su comprensión, ampliando a todo el entorno y a las sociedades, y muy especialmente al Estado, la responsabilidad de su cuidado y protección. Las escuelas son un pilar fundamental en la vida de las personas, del devenir de la vida en comunidad, y son extraordinariamente capaces cuando se les entregan las condiciones, la autonomía y la confianza suficientes para desplegarse en plenitud. Pero no son solo ellas las llamadas a velar por este derecho, es la sociedad completa con todas sus aristas posibles. ¿Es que acaso las escuelas solas pueden terminar con las desigualdades, construir sociedades pacíficas y bondadosas, erradicar la pobreza, terminar con la violencia y ofrecer mejores empleos?

Con esto no planteo reducir la ambición de mejorar radicalmente el sistema educativo. Al contrario, pretendo delimitar claramente su alcance y redefinir su propósito, sus deberes y sus responsabilidades, extendiendo y compartiendo estas últimas a otros actores de la sociedad. Hablar de educación no puede ser lo mismo que hablar de escuelas. Sin duda, la escuela es fundamental, pero la escuela actual no puede seguir sufriendo las asombrosas e injustas presiones de la sociedad para ser la respuesta mágica de todos los males. Entonces, ¿es la escuela actual, como está pensada hoy, la organización social idónea para seguir a cargo de la formación humana en las sociedades contemporáneas y futuras?

Pensar la sociedad que queremos es un ejercicio vacío si no lo hacemos junto con repensar nuestra escuela. Todas estas preguntas nos llevan a cuestionarnos si queremos volver a la misma escuela que teníamos previa al confinamiento al que nos obligó la pandemia, o si queremos avanzar a un sistema educativo que, tras una trayectoria formativa de más de una década de escolaridad obligatoria, permita conocernos a nosotros mismos para reconocer y entender nuestras emociones, y, desde allí, desarrollar una vida plena que respete al otro, a su entorno, y nos permita desenvolvernos en un mundo plagado de incertidumbres.

Si realmente queremos construir sociedades para un desarrollo fraterno, humano y equitativo, no es posible esquivar ni perder la urgencia de impulsar las mejoras del desarrollo cognitivo-intelectual para que todos entendamos lo que leemos y tengamos las habilidades aritméticas básicas, entre tantos otros conocimientos necesarios para la vida y, particularmente, para la vida laboral. Pero, muy en especial, es urgente transitar hacia sistemas profesionales que permitan el sano desarrollo de nuestras emociones, que nos permitan comprender los ritmos y los diversos momentos de nuestras alegrías, tristezas, angustias, miedos, rabias o enojos. E igual de urgente, que faciliten el desarrollo de nuestras habilidades de convi-

vencia social, para así poder vivir en paz y progreso, y ejercer en plenitud nuestra ciudadanía; que nos permita participar y fortalecer la democracia, el enfoque de derechos humanos, la interculturalidad, el cuidado de la biodiversidad, y tantos otros atributos. En esta triada de conocimiento, emociones y ciudadanía no es tan difícil comprobar las prioridades de las personas entre un equilibrio vital o adquirir conocimiento tradicional. Si busca en Google «cómo ser feliz», saldrán 388 millones de resultados. Si lo hace con «cómo aprender matemática» son 21.5 millones, y «cómo vivir con otros», 301 millones. La balanza está clara.

Si se acepta que la comprensión de la educación abarca mucho más que la escuela y el sistema educativo formal, podría ser razonable pensar que se incluya en el artículo 1 de cualquier constitución, a continuación de la definición de los principios de libertad, igualdad, dignidad y fraternidad del ser humano a lo largo de la vida, que «la educación es uno de los principales pilares fundamentales del desarrollo humano en todas sus expresiones, en su belleza y complejidad, desde el momento de nacer y hasta su muerte, del desarrollo sustentable y equitativo del país, y de la vida pacífica y democrática en sociedad». Esta propuesta podría tener implicancias fundantes para toda la república y, particularmente, para el rol del Estado y sus instituciones, en la iniciativa privada, en la sociedad civil y en las familias, ya que pone en el centro a la persona, pero sin olvidar la responsabilidad de la comunidad en la que habita, ni su deber con ella.

Al acordar que la responsabilidad de la educación es compartida, la empresa es la que puede hacer un aporte radical inmediatamente sin esperar cambios constitucionales, legales o normativos, reconceptualizando la responsabilidad social en su sentido más profundo. No se puede seguir pensando que solo con aportes financieros a proyectos sociales —necesarios y muy significativos, por cierto— se va a mejorar la educación. La responsabilidad social corporativa debe estar en las

políticas y las condiciones laborales, en sueldos dignos y con equidad de género, en el giro mismo de la empresa. Dado que la educación necesita de soportes robustos en la sociedad para que la escuela pueda cumplir su rol, una verdadera responsabilidad corporativa no puede permitirse construir una vivienda ni invertir en fondos sin antes establecer y respetar criterios éticos. Solo así la sociedad tendrá una coherencia sistémica al servicio del desarrollo pleno del ser humano.

Un segundo caso. Si la buena educación es un deseable común, la responsabilidad civilizatoria debe ser parte de todas las personas, aun cuando, resguardándose en principios de libertad individual, no crean que están influyendo en nada. Por ejemplo, es importante cumplir con las reglas básicas de convivencia como, por ejemplo, cruzar la calle solamente cuando la luz está en verde y no en rojo. ¿Por qué? Si lo hacemos mal, es probable que haya niñas o niños cerca que lo observen y aprendan que sí es posible romper algunas reglas de la vida en sociedad. O bien, respetar los horarios cuando se llega a una consulta médica, mostrando interés y cuidado por el tiempo del otro que llega a la hora acordada. Son situaciones cotidianas que hoy parecen invisibles, pero que nos deben preocupar —y ocupar conscientemente— si queremos tener una mejor sociedad. Por cierto, esto no es algo que una constitución pueda cambiar, pero los comportamientos humanos sí son factibles de modificar cuando nos proponemos hacerlo seria y responsablemente al darnos cuenta de las consecuencias que nuestros actos implican. En tan solo unos meses aprendimos a vivir usando mascarillas porque sabemos que es fundamental para nuestra supervivencia.

Tener conciencia de que la educación es el pilar fundamental del desarrollo humano y de la construcción de una república puede permitir que nuestros países den un giro en la forma en que nos entendemos a nosotros mismos y a los demás.

La escuela tiene un rol fundamental y protagónico, pero, tal como no se le puede pedir peras al olmo, a ella y a toda su

comunidad no se les puede exigir que se hagan cargo de las profundas desigualdades de un sistema roto, de un mercado laboral discriminatorio, de una reproducción de la especie desligada de responsabilidades. Tenemos la oportunidad de repensar una manera distinta de hacer las cosas, porque como lo hemos estado haciendo hasta ahora ya sabemos que no funciona bien para todos.

Repensar la escuela

Hasta aquí he planteado que la educación debe dejar de pensarse como algo que ocurre solo en la escuela, más bien, por el contrario, debe pensarse como un proceso complejo que la trasciende. Pero también es necesario atreverse a pensar entonces cuál es la escuela que debería existir. Y, con base en eso, asegurar todas las condiciones y los recursos que sean necesarios para que pueda cumplir bien su labor. Aprovechando la coyuntura global que obligó a detener las clases presenciales de un día para otro, e hizo que se ajustara todo el sistema educativo rápidamente a una modalidad a distancia inédita en la historia de la humanidad, preguntémosnos: ¿queremos volver a la normalidad que teníamos antes?

De manera muy lamentable, aunque no sorprendente, se hicieron críticas y declaraciones destempladas rápidamente. «¿Y qué hacen los profesores estos días?», «los padres y las madres no ayudan», «a los estudiantes no hay cómo motivarlos a distancia». Con tristeza se evidencia que, en la discusión pública sobre educación se ha establecido hace años un modo poco dialogante que simplifica en extremo, generaliza y busca entregar respuestas únicas a un sistema absolutamente diverso. Detrás de este modo, en mi opinión, hay una banalización de la complejidad de la educación. No son «todos los profesores», ni «todas las escuelas», ni «todos los estudiantes». Cada escuela es un mundo, cada familia una

realidad y cada estudiante una persona con necesidades, capacidades, emociones y recursos diferentes. Es cosa de ver una misma familia y las diferencias entre hermanos. Existen establecimientos educacionales públicos y privados, rurales y urbanos, con mucha y poca matrícula, con alto y bajo nivel de vulnerabilidad. En Educación 2020 llamamos a esto *escuchar las voces de los territorios*, y recién desde ahí poder tomar decisiones para las políticas que tantas veces olvidan las particularidades de cada escuela y de cada persona.

En particular, asombra la discusión que se dio en la gran mayoría de los países, sobre todo en redes sociales y por la prensa, entre los ministerios de educación y los sindicatos de maestros y profesores. Es cierto que en una democracia es positivo y deseable el intercambio de opiniones, pero parece que estuviéramos aún muy lejos de poder tener una relación de cooperación genuina en la búsqueda del bien común en educación. Nunca son buenas las comparaciones, pero así como se unió el mundo científico para encontrar a una velocidad inédita, y casi milagrosa, una vacuna para la covid-19, sería igualmente importante la unión sin condiciones en educación ante tamaño desafío.

La medida de urgencia tomada por los gobiernos de mantener a los estudiantes en sus hogares, afectando a 1.6 mil millones de estudiantes en el mundo, visibilizó de un día para otro a la opinión pública nuestras realidades escolares. Ni más ni menos. Luego de este anuncio, rápidamente se realizaron ajustes en todas las escuelas del planeta. Quedó de manifiesto que en pleno 2020 existe una precariedad absoluta de conectividad, una de las puertas de entrada fundamentales al conocimiento de nuestra generación. No existían, y probablemente sigan sin existir en gran parte de nuestra región, las capacidades para seguir el proceso de enseñanza-aprendizaje como se tenía costumbre, especialmente en los sectores de mayor pobreza. Sin estas condiciones, llevar a cabo este proceso fue una tarea titánica.

Luego de muchas conversaciones y lecturas durante este año, creo que el gran error de las autoridades fue haber pensado que la escuela podía llevarse tal cual a los hogares. Es cierto que no había otra alternativa, la verdad. Fue todo tan repentino que se hizo lo mejor que se pudo. Pero es igual de cierto que, ante una catástrofe de esta envergadura, se debía haber impulsado una mirada mucho más amplia de lo que se entendía por avances en el aprendizaje. Justamente una mirada más humana y no solo acotada a adquirir conocimientos específicos.

Se siguió pensando en hacer las mismas tareas y evaluaciones. Se mantuvo la idea de hacer lo que se hacía antes, pero ahora a distancia, sin detenerse a evaluar con profundidad la significancia de todo lo que estaba pasando. No quiero parecer injusto puesto que doy fe de todo el esfuerzo, la flexibilidad y la innovación que las comunidades escolares demostraron con la pandemia. A lo que me refero es a la mirada con que, hasta el día de hoy, se habla del «*gap* de aprendizaje» como si el desfase en algunas materias fuera lo único que importara. Hablar de «pérdida de aprendizaje» por lo ocurrido en las escuelas debido a la pandemia estigmatiza a una generación completa y menosprecia todo lo que se puede haber ganado o perdido durante todo este tiempo, que va mucho más allá de las pruebas y las planificaciones. Aun cuando las estimaciones de McKinsey, con datos del Banco Mundial, señalan que se podría pasar de un 40 % de estudiantes de secundaria que no tienen los niveles mínimos de uso del lenguaje a entre un 47 %-53 %, se podría incluso honrar lo que se ha ganado en resiliencia y mirada frente a la vida misma.

Millones de personas en todo el mundo se enfrentaron a la muerte, al terror que ella provocó. Es difícil imaginar que existan personas que no pensarán en la muerte, ya sea por el fallecimiento de familiares o en su círculo cercano, o bien por lo que se mostraba diariamente en los medios de comunicación. No hubo rincón del planeta en que la agenda mediática por largos meses no estuviera dominada por la pandemia.

Esto obligó a que niñas y niños también estuvieran expuestos a múltiples preguntas sobre qué es lo que estaba pasando. La muerte no es cosa de adultos solamente. Lo interesante es que en la niñez las preguntas surgen mucho más naturalmente y sin el velo de la censura social. Son preguntas genuinas que no esperan una respuesta exacta necesariamente, sino una respuesta que haga sentido. *Boom*. El mundo entero, niñas y niños incluidos, se enfrentaron a las grandes preguntas de la filosofía y de toda la historia de la humanidad.

Esa oportunidad de pensar, de tener perspectiva frente a los acontecimientos que están sucediendo a nuestro alrededor y medir la dimensión de lo que eso significa para nuestras vidas, podría hacer de esta una generación privilegiada. Es que tanto se habla de que enseñar a pensar es el gran desafío de la escuela en el siglo XXI ante todos los retos que enfrentamos, como la inteligencia artificial, el internet de las cosas, el *big data*, la ingeniería genética, que se nos olvida que esa capacidad de pensar es intrínseca al ser humano y nuestro sistema debe facilitarla, no entorpecerla. La pandemia nos puso esa oportunidad frente a los ojos y creo que se está desaprovechando.

Años de estandarización y control, asociados a consecuencias punitivas, sin apoyos suficientes y comparaciones descontextualizadas, no son en vano. Hemos construido sistemas educativos regidos por sacar notas y cumplir en exámenes. Eso ha hecho que vivamos generación tras generación bajo un reduccionismo en la concepción del aprendizaje. La fiebre por demostrar que avanzamos olvida lo más esencial de la naturaleza humana. En lugar de preocuparnos por el estado emocional y contenernos en familia para entender y procesar lo que estamos viviendo, la prioridad ha sido rendir. No es extraño, si el desarrollo al que estamos acostumbrados ha estado exigido, primero, por el cumplimiento de evaluaciones y, después, por saber si hubo o no aprendizaje significativo. Consecuencia, sin duda, del falso dilema entre razón y emoción, y reflejo de la «sociedad del cansancio» que propone Byung-Chul Han.

El actual modelo parcelado de nuestros sistemas educativos hace que cada docente vele exclusivamente por el cumplimiento de los objetivos de aprendizaje de su asignatura. El problema de esto es que el sistema no entiende al estudiante como un todo absoluto, sino dividido en partes: su rendimiento se ve asignatura por asignatura. Se dice que el rol articulador del aprendizaje integral lo lleva el profesor o la profesora jefe junto a la coordinación académica, pero la realidad nos enseña que en muchos casos esto no existe. No es, entonces, que los docentes no quieran integrar necesariamente, sino que el sistema los obliga a hacerlo así muchas veces. El cambio de paradigma más radical es comprender la multidimensionalidad de cada estudiante y generar un plan de aprendizaje contextualizado en tiempo y forma considerando su contexto vital. En la práctica esto implica que cada estudiante deba ser comprendido y acompañado en su formación con base en su realidad familiar, niveles de alimentación, ritmos de aprendizaje, estado emocional diario, talentos, gustos, habilidades, entre tantos otros aspectos. Si bien conocemos experiencias notables en las que esta integralidad se logra con los mismos limitantes que los demás, es debido a un liderazgo poco común, a un *superman* o a una *superwoman* que se logran vencer las resistencias estructurales. Pero un buen modelo debe funcionar sin esperar superhéroes o superheroínas.

Esta insularidad queda hoy en evidencia de manera brutal. Por un lado, la respuesta de los establecimientos ha sido solicitarles a sus docentes que preparen actividades que los estudiantes puedan realizar desde su hogar. Esto ha hecho que, en muchos casos, cada uno de ellos prepare una o más actividades de manera poco coordinada con las demás asignaturas la mayoría de las veces, o bien sin dimensionar el trabajo acumulado que esto significaría para las familias, lo que genera un verdadero bombardeo de tareas irrealizables. Y, por otro lado, las mismas arquitecturas de información de las plataformas digitales de educación han sido desarrolladas bajo este principio divi-

sorio por asignatura. Una docente tiene acceso a cómo está desenvolviéndose cada estudiante en su curso, sin conocer si accede o no a las actividades en otros cursos, si envía sus tareas, o si está conectándose o no. Por cierto, esto en aquellos establecimientos que cuentan con una plataforma.

Con todo, también pudimos ver grandes transformaciones. En la encuesta Estamos Conectados 3 encontramos que por primera vez el 45 % de los profesores de liceos técnico-profesionales declaran haber aprendido a trabajar de manera integral. Las diversas especialidades debieron encontrarse y trabajar en conjunto con los científicos humanistas. En Educación 2020 hemos sido testigos de que la pandemia logró movilizar a los equipos educativos con una profunda humanidad.

Entonces, ¿cómo tomamos lo positivo que ha surgido de las escuelas durante la pandemia? ¿Qué debemos hacer para hacer de estos casos una regla y no una excepción? ¿Debe ser la escuela estructurada por asignaturas guiadas por una única maestra o maestro? En cambio, ¿no se podría pensar en una escuela que no tenga asignaturas únicas, sino módulos de aprendizaje flexibles que sean facilitados por equipos de docentes y profesionales con habilidades y conocimientos complementarios entre sí? Quizás equipos multidisciplinarios que aborden de manera sistémica a cada estudiante en lugar de considerarlo por áreas. Una suerte de «equipo médico» que comprende la complejidad individual y lo aborda con todas las herramientas pedagógicas, psicológicas, nutricionales, tecnológicas y otras disponibles. Así como al ser humano no lo hace humano el que tenga cada uno de sus órganos y partes del cuerpo, sino la interacción armónica de ellos y sus funciones entre sí, la educación humana no es la suma de conocimientos, sino la integración significativa de ellos a su vida.

Nada de lo que se diga que debe hacer el sistema educativo se hará sin los docentes, ni directivos, equipos psicosociales y asistentes de la educación. Son las profesoras y los profesores

los responsables de llevar adelante el proceso de desarrollo intelectual, emocional y comunitario, pero ellos deben contar con las capacidades, las herramientas y las condiciones necesarias para hacerlo. Así entendida, la carrera de Pedagogía debe ser considerada como una carrera de alta complejidad que incorpora en su formación conocimientos avanzados en neurociencia, psicología, sociología, ciencia política, filosofía y una especialización técnica en cada una de las disciplinas correspondientes (lenguaje, ciencias, matemática, etc.). Esto no implica cursos más o cursos menos en la actual malla, sino un rediseño curricular de fondo que forme profesionales del más alto nivel con las herramientas suficientes para enfrentar el complejo desafío de trabajar con el cerebro humano, las emociones humanas y el conocimiento universal.

Será imposible convocar a los mejores estudiantes de secundaria a dedicar su vida laboral a la docencia sin considerables incentivos económicos y una fuerte inversión pública. Este es un salto urgente y necesario, ya que profesionales de esta envergadura deberán recibir salarios muy por sobre la media del mercado laboral; ojalá fueran de los mejores remunerados inclusive. Con el nivel de carga de trabajo que tienen actualmente y la baja retribución económica, sumado a la alta responsabilidad que conllevan, se ha terminado romantizando una profesión bajo el alero de la *vocación*, haciendo con ello un espejismo para compensar las difíciles condiciones laborales y salariales.

Pero el dinero no lo puede comprar todo. La valoración social y cultural de la profesión docente debe ir acompañada de un reconocimiento del mundo intelectual, pues su estudio no solo es positivo para el bien común, sino que es desafiante y riguroso intelectualmente. Elevar las barreras de entrada a la carrera va en esa dirección. Son las facultades de educación las llamadas a tomar el bastión de una nueva carrera que integre lo mejor de la ciencia y la tecnología, la biología humana y las humanidades.

Abordar sistémicamente el desarrollo multivariable presentado implica resignificar la forma en que está dispuesta nuestra enseñanza. Aunque no me gusta el concepto por lo manoseado que está, las *habilidades del siglo XXI*, como la creatividad y el pensamiento crítico, deben desarrollarse a través de experiencias de aprendizaje que les permitan a los estudiantes integrar contenidos con facilidad, evaluar y reconocer avances en los procesos de mejora individuales y colectivos.

Es necesario rediseñar la arquitectura de los contenidos en el *currículum* e incorporar el desarrollo de habilidades y el reconocimiento personal, así como temas de convivencia y de vida democrática en comunidad. La construcción de estos marcos universales, que contribuyen en equidad y buscan alcanzar pisos mínimos compartidos en la sociedad, deben construirse, validarse y revisarse periódicamente con la mayor participación posible. Una vía para ello es la realización de consultas ciudadanas cada cinco o siete años—tal cual lo hacen algunos países desarrollados como Finlandia—, las que son complementadas por revisiones expertas internacionales para asegurar un ajuste y mejora continua.

Para crear y ejercer confianza en nuestras comunidades educativas, un camino posible es que la arquitectura curricular permita contextualizar ante sus necesidades y proyectos educativos. Es que, como dice Jordi Nomen⁷: «El currículo escolar jamás podrá adaptarse a los tiempos, que van muy acelerados, y eso establece que lo razonable es facilitar que los niños y los jóvenes, las niñas y las jóvenes, aprendan a pensar correctamente, críticamente—con autonomía—, creativamente—con imaginación— y cuidadosamente—con respeto—. Es necesario que los docentes se conviertan en investigadores y cultiven en ellos mismos el perfil que quieren conseguir de sus alum-

⁷ Autor del capítulo «Entrenar el pensamiento es una forma de cambiar el mundo», en el libro *Tópicos de Filosofía y Educación para el siglo XXI* (2021).

nos». Esta confianza entre autoridades y comunidades puede generar culturas de control local, profesionalismo y autonomía. El aprendizaje basado en proyectos, o las tutorías entre pares, desarrolladas en Chile por Fundación Educación 2020 y por otros en el mundo, son ejemplos de modos de enfrentar la formación que, bien desplegados, han mostrado efectos en transformación de vidas y aprendizaje de los estudiantes.

Estas no son verdades reveladas ni tendencias de los últimos años. El aprendizaje basado en proyectos viene ya desde 1918 con la propuesta de William Kilpatrick. El método Montessori existe desde finales del siglo XIX y recién están hoy las élites del mundo tomándolo como un modelo robusto. Las tutorías entre iguales—hay registro— datan de la Edad Media, y otros indican que sería a partir de la Revolución francesa por el fuerte incremento de estudiantes. Como sea, el sistema educativo se moderniza y actualiza de una manera tan lenta que siempre está la sensación de que es necesario buscar nuevas piezas o modelos innovadores, cuando estos existen y están al alcance de la mano la mayoría de las veces. Lo que se necesita es poder agilizar la incorporación de métodos y flexibilizar las barreras que, hasta hoy, solo han hecho que la escuela sea un espacio rígido, burocrático y hasta conservador.

Meses antes de su muerte en el 2020, el pensador británico de la educación, Sir Ken Robinson, hizo un llamado a un «*reseteo global de la educación*»⁸. En su texto nos interpela: «Los seres humanos somos como el resto de la vida en la Tierra: prosperamos en determinadas condiciones y nos marchitamos en otras. Al igual que los sistemas agrícolas que prosperan gracias al suelo, nuestras comunidades, ciudades, vecindarios, escuelas y personas prosperan cuando la cultura es adecuada. Esto es algo que los grandes educadores y las escuelas entienden: un sistema educativo no tiene éxito debido a las pruebas y los obstáculos impulsados por los resultados, tiene éxito cuando

⁸ <https://link.springer.com/article/10.1007%2Fs11125-020-09493-y>.

se reconoce a las personas y se celebra la diversidad de talentos. Tiene éxito cuando los estudiantes se sienten satisfechos. En lugar de criar generaciones de monocultivos, debemos fomentar una cultura mixta dentro de nuestras escuelas, de las ciencias, las artes, la tecnología, las pasiones individuales y los caminos únicos que cada uno determina, y la interconexión de nuestros ecosistemas humanos».

Repensar la educación, y repensar la escuela, son temas de primera necesidad para el orden global y nuestras sociedades contemporáneas. Humanizar la educación es de primera necesidad para reconocer lo que intrínsecamente nos hace humanos, en momentos en que nuestra especie se encuentra al borde del abismo. La responsabilidad para hacer esto debemos asumirla todas las personas y dejar de lavarnos las manos diciendo que otros deben hacer algo. Debemos actuar y debemos hacerlo bien, sin margen de error. Reitero. La educación es mucho más que la escuela, pero si una nueva escuela no cuenta con todas las herramientas y los recursos posibles, no podremos humanizar nunca la educación.